
BRASIL EN EL MARCO DE LA POLITICA MUNDIAL

Vladimir Súdarev

Doctor titular (Politología), profesor

Subdirector del ILA

v.sudarev@mtu-net.ru

PERSPECTIVAS DE LA FORMACION DEL EJE GEOPOLITICO WASHINGTON – BRASIL

Resumen: *En el artículo se observa la evolución de las relaciones entre las dos más grandes potencias del Hemisferio Occidental. Al mismo tiempo se resaltan tanto las áreas de coincidencia de intereses, que estimulan la cooperación, como las de contradicción, que altamente complican las relaciones. Atención especial se le brinda a los intentos de ambas partes de salir a un nuevo nivel de interacción en la primera década del siglo XXI.*

Palabras clave: *Brasil, EE.UU., Rio Branco, programa nuclear, Lula, etanol, petróleo, D. Russeff, B. Obama, China, eje geopolítico.*

Abstract: *The article observes the evolution of the relations between two biggest powers of the Occidental hemispheres. At the same time, the sectors where their interests agree, which stimulate the cooperation are as striking as those where their interests are in conflict what make their relations highly complicated. The article is particularly focused on the attempts of both parties to attain a new level of interaction in the first decade of XXI century.*

Key words: *Brasil, USA, Rio Branco, nuclear program, Lula, ethanol, oil, Dilma Russeff, Barack Obama, China, geopolitical axis.*

Las relaciones entre EE.UU. y Brasil, que en el siglo XX eran, sin lugar a dudas, dos líderes geopolíticos del Hemisferio Occidental y los estados más autosuficientes en recursos en esta región del mundo, han tenido períodos de aproximación y de colaboración, aunque éstos evidentemente, les cedían en duración a los períodos bastante prolongados de rivalidad y, en algunas ocasiones, de la verdadera hostilidad.

Todavía en los albores del siglo pasado Brasil intervenía en contra del plan norteamericano de crear una unión aduanera de

repúblicas sudamericanas y de su alianza política considerándolo como un intento de limitar los lazos con Europa. Además, ya en aquel período el pensamiento de Brasil en la política exterior “trabajó” en la tarea de convertir al país en el aliado privilegiado de EE.UU. en el hemisferio y en una especie de mediador entre Washington y los países latinoamericanos. El autor y elaborador práctico de esta idea fue el canciller brasileño Rio Branco. No obstante, no se logró realizar plenamente este plan en la práctica: en el proceso “intervino” la Primera guerra mundial.

En los decenios entre dos guerras, a pesar de la diferencia de visiones al sistema interamericano, que se estaba formando, y del choque entre posiciones en varios foros panamericanos, la cooperación de dos estados más poderosos del Hemisferio Occidental iba creciendo, cosa que resultó, al fin y al cabo, en la activa participación de Brasil (a diferencia de otros estados de la región) en la Segunda Guerra Mundial, en la cual un cuerpo militar brasileño combatía junto con los norteamericanos en Italia.

A fines de los años 1940 – comienzos de los 1950 los intentos de G. Vargas, presidente brasileño de orientación populista, de no admitir el deslizamiento del país en la “guerra fría” complicaron notablemente las relaciones entre los dos países, especialmente en el período de la guerra en Corea. Esas relaciones se hicieron todavía más tirantes a comienzos de los años 60, cuando en Brasil se reafirmaron en el poder las fuerzas reformistas de la izquierda.

Una etapa completamente nueva en las relaciones bilaterales se inició en abril del año 1964, cuando las fuerzas armadas de Brasil derrocaron el gobierno reformista de J. Goulart, y lo hicieron no sin apoyo de Washington, dando con ello el comienzo a la ola de golpes militares, que en los años 1960–1970 azotó casi a toda América Latina. Y la administración de L. Johnson, que se puso al timón del poder después del asesinato de J. Kennedy, le dio a tal apoyo cierta base ideológica en forma de la “doctrina Mann”. Tal nombre ésta recibió en honor del Secretario de Estado, que promovió la tesis, según la cual en las condiciones de alto nivel de inestabilidad en la región sólo las fuerzas armadas eran capaces de garantizar la realización de reformas, estipuladas en el programa “Alianza para el progreso”.

Una especie de apogeo en la cooperación político-militar de dos estados fue la “Operación Santo Domingo”, durante la cual las “fuerzas interamericanas de la paz”, reunidas con toda prisa, fueron comandadas por un general brasileño.

Washington compartía también las principales cláusulas de la doctrina de seguridad nacional, diseñada por los militares brasileños en la tal llamada “Sorbonne”, Escuela de estudios militares superiores, y, en particular, aquella de sus partes, que definía las principales amenazas a la seguridad del Estado, entre las cuales figuraba el “enemigo interno”- las fuerzas de la izquierda con su labor subversiva. Como resultado, ya desde los primeros meses después del golpe las cárceles brasileñas estaban realmente “repletas” de representantes de las fuerzas de oposición, en primer lugar – de comunistas.

Sin embargo, la “luna de miel” en las relaciones norteamericano-brasileñas duró relativamente poco. Washington cerraba los ojos al declarado objetivo estratégico del “gran Brasil”, que suponía su presencia no sólo en el Atlántico, sino también en el Océano Pacífico, cosa que se realizaba en la política de las llamadas “fronteras móviles”, pero rechazaba rotundamente las ambiciones nucleares de los militares brasileños. Es más, EE.UU. procuró hacer lo posible para que Brasil, que firmó, pero no ratificó el Tratado de Tlatelolco sobre la No Proliferación en América Latina de armas nucleares, no lograra potenciar el ciclo nuclear.

El conflicto se hizo evidente en el año 1975, cuando Brasil y la RFA firmaron un acuerdo de compra de tecnologías nucleares alemanas por miles de millones de dólares, las cuales permitían potenciar por completo el ciclo nuclear, que la parte brasileña tildó de “transacción del siglo”. Tampoco sirvió de ayuda la intervención directa del presidente J. Carter¹. El Congreso brasileño ratificó este acuerdo precisamente en vísperas de su visita a Brasil en el año 1977.

La tirantez en las relaciones entre EE.UU. y Brasil creció todavía más debido a la política de los “derechos humanos”, aplicada por la administración de J. Carter, en el curso de la cual los regímenes militares del Cono Sur fueron sometidos a la crítica por violaciones de los derechos del hombre. Dentro del marco de tal política en el año 1977 Estados Unidos declararon embargo a los suministros de equipos militares sofisticados. Como respuesta por parte de Brasil fue el anuncio de anulación del acuerdo sobre la colaboración militar con EE.UU., suscrito todavía en 1952.

En el año 1982, durante el conflicto armado anglo-argentino por las Islas Falkland (Malvinas), Brasil, a pesar de las relaciones de rivalidad con Argentina, manifestó su apoyo a ésta última y no le permitió a la Armada de Gran Bretaña, que era apoyada por Estados

Unidos, usar puertos brasileños para recargar de combustible sus naves de guerra, que se dirigían hacia las islas, ocupadas por la junta militar argentina. Es más, a mediados de los años 1980 fue precisamente Brasil, el que presentó a la ONU el proyecto de resolución acerca de la desmilitarización de Atlántica del Sur y de la conversión de ésta en la zona de paz. Recordemos que ello se produjo en el momento, cuando después de la victoria de Gran Bretaña en las Falkland, posesión de las cuales permitía controlar el paso del Océano Atlántico al Pacífico, se efectuaba con el apoyo de EE.UU. una activa construcción militar.

Tal era, en breve, la historia de las relaciones de EE.UU. con el régimen militar brasileño, cuya llegada al poder era tan aplaudida en Washington. La transición de Brasil a la democracia en el año 1985 y el inicio de una etapa completamente nueva en las relaciones con Argentina, la cual resultó en el año 1991 con la creación del MERCOSUR, cambiaron sustancialmente el contexto de las relaciones norteamericano-brasileñas.

Es ampliamente conocida la exitosa oposición de Brasil a EE.UU., que duró todo el decenio ulterior, en el proceso de negociaciones acerca de la creación de la zona de libre comercio desde Alaska hasta la Tierra del Fuego (ALCA). En esencia, fue precisamente Brasil, el que sobre todo después del 1 de enero del año 2000, día de la llegada al poder del presidente de orientación izquierdista Lula da Silva (en adelante Lula), se opuso a la realización de este proyecto, incluso en su variante apocopada (ALCA-light). La política en relación con Brasil se convirtió en uno de los principales temas de crítica de la administración de J. Bush por parte de demócratas, que ganaron las reelecciones parciales al Congreso de EE.UU. en noviembre del año 2006. La esencia de tal crítica consistía en que la administración republicana, en vez de centrar los esfuerzos en la edificación de relaciones de socios con el gigante sudamericano, procuraba "cercarlo" con acuerdos sobre el libre comercio con los estados vecinos y usarlo como palanca para presionarlo, alegando a que para Brasil "pronto se le iría el tren" y a que el país perdería su nicho en el mercado americano.

Otro objeto de críticas fue el hecho de que EE.UU. ni siquiera hizo un intento de aprovechar el gran potencial negociador de Lula para establecer el diálogo con los regímenes radicales izquierdistas de H. Chávez en Venezuela, de E. Morales en Bolivia, de D. Ortega en Nicaragua y con una serie de otros, que se formaron en la región a mediados del primer decenio del siglo XXI como consecuencia del

“viraje a la izquierda”. Además, a G. Bush se le incriminaba que con el ardor del juego en Irak y en Afganistán él dejó pasar inadvertidos estos cambios en el mapa político de América Latina.

Es significativo que en el último año de su estancia en el poder la administración republicana emprendió intentos de normalizar la situación. Durante su visita a Brasil en el año 2007 G. Bush intentó no sólo encontrar puntos de coincidencia con su colega brasileño, sino que propuso también un proyecto energético regional conjunto.² Se trataba de organizar la colaboración científico-técnica para producir etanol – un combustible ecológicamente limpio, obtenido del procesamiento de materia prima natural (caña de azúcar y maíz). Recordemos que EE.UU. y Brasil producen más del 90% de etanol mundial.

El intrínquilis de tal propuesta era el siguiente: el Presidente de los EE.UU. manifestó su interés por crear en el Hemisferio Occidental toda una red de producción de este combustible, controlada conjuntamente por Brasil y EE.UU. y, de paso, obtener acceso a las tecnologías brasileñas. Las dos partes se adelantaron en la implementación de tal proyecto al acordar la institución en El Salvador de un Centro regional de coordinación.

Al parecer, la llegada de B.Obama al poder creó condiciones más favorables para la aproximación norteamericano-brasileña. Más aun, porque Lula fue uno de los primeros presidentes recibidos por el nuevo líder norteamericano en su Despacho Oval. Además Lula, que en los años de su gobierno obtuvo gran peso político, habló durante el encuentro en nombre de toda América Latina.

Sin embargo, en el período de presidencia de Lula en las relaciones norteamericano-brasileñas emergieron nuevas contradicciones, que, a nuestro modo de ver, estaban relacionadas, en gran medida, con que la parte norteamericana no estaba lista psicológicamente para reconocer el hecho de que en sus actividades políticas externas Brasil ya había superado el marco regional y aspiraba a familiarizarse con el papel de potencia mundial, participante de la regulación global.

Se trataba no sólo de la participación activa de Brasil en la formación del grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) o del hecho de que Brasil representaba prácticamente al mundo en desarrollo en el “grupo 20”. Las partes divergieron en sus enfoques del problema referente al programa nuclear de Irán. Lula mantenía manifiestas relaciones de amistad con Mahmoud Ahmadinejad, intervenía en contra de sanción alguna contra este país. Así en el año

2010 Brasil junto con Turquía intervinieron en el Consejo de Seguridad de la ONU en contra de la propuesta, presentada por EE.UU., de adoptar sanciones contra Irán por las infracciones en el curso de realización de su programa nuclear. Además, la administración de B. Obama opinaba que Brasil se mostraba demasiado tolerante en relación a las violaciones de los derechos humanos en aquel país.

Estados Unidos manifestaba creciente preocupación también por el programa nuclear en el propio Brasil, más aun porque éste se negaba a admitir inspecciones internacionales a sus objetos so pretexto de que éstas sólo reunían información de carácter secreto.

Las partes tenían también otros puntos de discordia. Brasil mantenía lazos estrechos con los así llamados adversarios de EE.UU.: Venezuela y Cuba, criticaba rotundamente la política de embargo contra ésta última, que aplicaba Washington. A diferencia de EE.UU., que al comienzo condenó el golpe militar en junio de 2009 en Honduras, pero luego, bajo la presión del lobby republicano en el Congreso dio el viraje de 180 grados y reconoció varios meses después el gobierno recién elegido en el país. Brasil adoptó una posición más de principio y durante dos años no reconocía a las nuevas autoridades de Honduras y, todavía más, durante varios meses le daba asilo político al derrocado presidente M. Celaya. Brasil se opuso abiertamente al acuerdo, suscrito en 2009 por EE.UU. y Colombia, acerca de la presencia de 1500 militares norteamericanos en las bases militares de este país.

Durante la presidencia de Lula se amplió objetivamente la esfera de divergencias de intereses entre EE.UU. y Brasil. Después de las elecciones en Brasil y de la llegada al poder de Dilma Russef en enero de 2010, Washington, dándose perfecta cuenta de la necesidad de detener tal tendencia, emprendió intentos de encontrar puntos de contacto con Brasil y, posiblemente, volver a la variante de colaboración estratégica. Lo demostraron las reiteradas visitas a este país, emprendidas por H. Clinton y la visita del Ministro de Defensa R. Gate, durante la cual se firmó el convenio de colaboración técnico-militar. Es más, EE.UU. declararon reiteradas veces su disposición para ofrecer toda la documentación técnica requerida en caso de ganar el tender para la compra de caza-bombarderos, anunciado por Brasil, pero aplazado durante varios años. Tradicionalmente Washington se negaba a presentar tal documentación al suministrar equipos militares a otros países.

Notemos, que en este caso desempeñaron un papel bastante importante las noticias acerca del descubrimiento de enormes yacimientos petroleros en la plataforma continental de Brasil en el Atlántico, para cuya explotación el país planea invertir en los próximos cuatro años 200 mil millones de dólares. En las condiciones de las constantes dificultades en las relaciones con Venezuela y del bulleante Cercano Oriente el acceso a estos yacimientos tenía para EE.UU. un carácter estratégico.

Tampoco pasó inadvertida por Washington la disposición de Brasil de “librarse” de las tecnologías militares norteamericanas, las cuales, aunque a pequeña escala, eran utilizadas por el Complejo Militar Industrial lo que limitaba las posibilidades norteamericanas de exportación. Por ejemplo, tecnologías norteamericanas fueron aprovechadas en el sistema de navegación en el avión de caza multipropósito “*Tucano*”, reconocido como uno de los mejores en el mundo. Y las consecuencias de ello fueron las siguientes: en el año 2007 el gobierno de H. Chavez en condiciones, cuando, debido a las relaciones conflictivas con EE.UU. al país le fue cerrado el acceso al mercado norteamericano, dirigió su pedido al gobierno políticamente cercano de Lula de suministrarle tales aviones. Sin embargo, Brasil se vio obligado a negarle el pedido, ya que Washington había impuesto el veto a la posible compra-venta so pretexto de que en la construcción del “*Tucano*” se habían empleado tecnologías norteamericanas.

En adelante Brasil procuraba evitar semejantes situaciones, que en cierta medida eran humillantes, y eligió a Francia como principal socio externo en la esfera técnico-militar. Así a mediados del año 2011 se inició en conjunto con Francia la construcción de cuatro submarinos diesel con la perspectiva de crear un submarino nuclear propio. Según lo declarado por círculos oficiales brasileños, ello se hizo con el fin de crear un sistema de defensa naval para los ya mencionados yacimientos marítimos de petróleo.

Sin embargo, el principal evento fue, sin lugar a dudas, la visita de B. Obama a Brasil en marzo del año 2011. En vísperas de la visita, D.Ruseff dió una extensa entrevista, en la cual marcó las prioridades en las relaciones del país con EE.UU. Según ella, Brasil podría convertirse en “el más importante socio” de Washington ya que su país ya se ha familiarizado con el papel de potencia mundial, tiene estrechos lazos con EE.UU. y comparte con éste el mismo hemisferio. La presidenta brasileña destacó que ambas partes podrían edificar las relaciones de socios estratégicos, pero con la

condición de que la Casa Blanca se compenetre, por fin, con la idea de que Brasil ya no es el mismo que en tiempos de la “Alianza para el progreso”. El país no necesita ayuda alguna, dispone de enormes recursos petroleros, no está en brega con nadie, no tiene conflictos étnicos, respeta los convenios firmados y se guía de los principios democráticos. Concluyendo, D. Ruseff señaló, que Brasil tenía la singular oportunidad de abastecer al planeta de petróleo, de bio-combustible, de energía, de minerales y de productos alimentarios, pero no tiene ni el menor interés en limitar su papel de suministrador de materia prima.

Las declaraciones de D. Ruseff acerca de su interés por el papel de socio estratégico, toda una serie de declaraciones acerca de la violación de derechos humanos en Irán, cosa que no se permitía su antecesor Lula, al igual que el hecho de que el representante de Brasil en el CS de la ONU se abstuvo durante la votación por la resolución sobre el comienzo de la operación militar en Libia, sin lugar a dudas no quedaron sin ser notadas en Estados Unidos y, en general, creaban un ambiente favorable para la visita.

Evidentemente, en los dos días de estancia de B. Obama era simplemente imposible levantar todos los obstáculos ni ponerse de acuerdo en todo. Al final, se firmaron unos diez acuerdos, entre ellos, sobre el comienzo de la realización del convenio sobre el bio-combustible, sobre la colaboración en la esfera espacial, sobre la enseñanza, etc.

El Presidente norteamericano manifestó su interés no sólo en la compra de petróleo de los yacimientos recién descubiertos en la plataforma continental brasileña, sino también en que compañías norteamericanas participaren en la extracción de éste.

En lo que se refiere al bio-combustible (etanol), la parte norteamericana centra especial atención en su colaboración con Brasil, y no tanto en el marco del intercambio de tecnologías, cuanto en la elaboración de una estrategia común para satisfacer la demanda en éste a escala mundial. De ello habló abiertamente D. Pounmen, viceministro de energética, que visitó Brasil en agosto del año 2011 con el fin de precisar cuestiones concretas de cooperación.³

Es notable que D. Ruseff intentó lograr que B. Obama hiciera una declaración acerca del apoyo de la candidatura de Brasil al puesto de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU cuando éste se ampliara, al igual que lo había hecho abiertamente en el caso de la India durante su visita a este país en el año 2010. No obstante, el presidente norteamericano se limitó a varias frases poco concretas.

Quizá ésta fuera una de las tareas principales, que se había planteado D. Ruseff durante su visita. ¿Cómo explicar la actitud tan reservada de B.Obama? Puede ser que tal era el castigo por “pecados viejos”, que Washington jamás olvida.

Sin embargo, en general, la colaboración entre los dos líderes del Hemisferio Occidental ha avanzado notablemente. Pero, por el momento, todavía es temprano juzgar en cuanto a la medida, en que tal colaboración sería capaz de pasar al nivel de sociazgo estratégico y convertirse en el eje geopolítico. Por ahora sólo podemos hablar sobre el inicio de la edificación de algunos de sus elementos. A propósito, en ello puede servirle de ayuda China.

En los últimos años tanto EE.UU., como Brasil, manifiestan su extrema preocupación por la expansión de China en el Hemisferio Occidental, convirtiéndose este país en el principal transigente comercial de Brasil. Además la estructura de las exportaciones chinas ya provoca seria preocupación de productores industriales brasileños. Según declaración del viceministro del comercio exterior de Brasil T. Praseres, hecha en septiembre de 2011, su gobierno “está estudiando las medidas para contrarrestar los ataques chinos al mercado brasileño”. Para acordar acciones conjuntas, dirigidas a la defensa comercial. a principios del septiembre una delegación brasileña salió a los EE.UU.

¹ Ver: Lowenthal A. Partners en Conflict. The United States and Latin America in the 1990s. Baltimore and London, p. 125.

² <http://www.elnuevoherald.com/noticias>: 23.XII.2008.

³ <http://www.infolatam.com/2011/08/16/>.